

Reflexiones sobre la Historia Económica del Perú Prehispánico

Elías Mujica Barreda

Cuatro capítulos conforman el primer volumen del Compendio de Historia Económica del Perú, dedicado a la Economía Prehispánica, casi 450 páginas escritas por cuatro distinguidos investigadores de los tramos más antiguos de la Historia del Perú.

En lugar de resumir el contenido de la publicación, creo que una manera más eficiente de presentarla es compartiendo las reflexiones que su lectura me han ocasionado, y sintetizando las lecciones que he aprendido. Obviamente lo haré desde la perspectiva de mi formación profesional, Arqueólogo y Antropólogo, pero sobre todo desde la preocupación central de mi existencia, que es cómo construir un Perú mejor sobre la base del aprendizaje que nos brinda la historia de la que todos somos parte.

En primer lugar, el hilvanado entre los cuatro capítulos muestra con claridad que se trata de un proceso largo y continuo, por medio del cual se da la construcción de un territorio que el día de hoy llamamos Perú, y de los mecanismos sociales y económicos que hicieron posible alcanzar el nivel de desarrollo encontrado por los españoles en el siglo XVI: el país de los Inkas, que el día de hoy llama la atención del mundo entero.

Largo porque son más de 20,000 años de devenir histórico, y continuo porque a lo largo de esos 20,000 años el hombre fue cambiando progresivamente –y gracias a sus propias capacidades– desde un nivel primitivo de existencia a ser parte de una de las sociedades preindustriales más exitosas del mundo. Y es una continuidad, debo decirlo, que en muchos sentidos todavía perdura –la mayoría de las veces en forma soterrada– en nuestra población andina, a pesar de la interrupción del proceso en el siglo XVI, y de la marginación desde entonces de la población nativa.

Una segunda reflexión es que se trata de un proceso particular, en la medida en que las condiciones materiales de nuestra existencia son diferentes a las de los otros países del mundo, incluso a las de nuestros países vecinos. Las condiciones de nuestro territorio, y la forma como las sociedades lo usaron y transformaron a lo largo de nuestra vieja historia, fueron originales, propias, producto de la acumulación de lecciones y experiencias adquiridas en una geografía particular, y por tanto los resultados son también particulares. Por ejemplo, ¿Por qué en nuestros países vecinos no encontramos los monumentos arqueológicos, variados, grandes y complejos, que nosotros tenemos? Porque no existieron las capacidades productivas ni las condiciones para desarrollar sistemas de almacenamiento de los excedentes de producción requeridos para ello; y tal vez porque no había la necesidad de ello por el nivel de desarrollo social que tenían. Otro ejemplo que ilustra esta reflexión es por qué en el siglo XVI, con la imposición de un sistema socio-económico generado en otras condiciones como fue la del mundo mediterráneo, muchas de las introducciones impuestas en el mundo Andino fueron negativas, modificando desfavorablemente nuestro entorno natural. Y no me estoy refiriendo a las medidas sociales y económicas del nuevo orden que introdujeron los europeos, sino simplemente a la forma como se utilizó nuestro territorio y sus recursos naturales. Un proceso histórico diferente suplantó un proceso particular de 20,000 años de historia, y con ello quedaron sepultadas muchas de las lecciones aprendidas a lo largo de este tiempo.

Una tercera reflexión que se desprende de las dos anteriores, es que se trata de un proceso histórico acontecido en un territorio complejo, y por tanto difícil, marcado por la Cordillera de los Andes como columna vertebral, con una angosta costa desértica por el occidente y una húmeda planicie amazónica por el oriente. A diferencia de las otras cordilleras del mundo, los Andes corren de norte a sur. Ello significa que a las variables

altitudinales hay que agregarles las latitudinales: mientras más nos alejamos de la línea Ecuatorial, las condiciones medioambientales cambian rotundamente, aparece la puna y con ella las posibilidades de distintos sistemas de producción y diferentes mecanismos económicos que permitieron vivir en él, y aprovecharlo.

Altitud más latitud igual diversidad. Diversidad de climas, diversidad de paisajes, diversidad de recursos naturales y diversidad de culturas. Por ello el Perú es un país megadiverso, y es en esta diversidad donde encontramos su ventaja comparativa, y en la forma como fue manejada se sustenta la base del proceso económico prehispánico. Sin duda la gran riqueza del Perú se encuentra en la gran diversidad que los Andes generan gracias a su longitud norte a sur como a su altitud. La gran diversidad de climas posibilita una gran diversidad de productos agrícolas; la diversidad de formaciones geológicas una gran variedad de recursos minerales; la diversidad de paisajes y costumbres ofrece una gama inacabable de recursos turísticos. Lo que hoy día se ve por lo general como una barrera que frena nuestro desarrollo, una cordillera compleja y agresiva, es en realidad una de las más grandes fuentes de riqueza. Sin embargo hemos tenido que esperar hasta el año pasado para contar con un Ministerio del Ambiente; ha tenido que aparecer en la última década un fenómeno mediático como Gastón Acurio para que la diversidad alimentaria andina se revalorice, cuando durante décadas los científicos literalmente luchaban por defender, recuperar y revalorar nuestros productos nativos, hoy tan de moda, y que hasta hace poco eran referidos como “comida de indios”.

Se preguntarán, entonces, cómo congenia el hecho de que tengamos una de las geografías más difíciles del mundo con un proceso histórico tan exitoso. Y esta es una cuarta reflexión. La característica fundamental de la historia económica prehispánica es la capacidad que tuvieron las sociedades en transformar las limitaciones impuestas por la agreste naturaleza y por la variabilidad e inseguridad climática, en oportunidades para el desarrollo. No solo domesticaron plantas y animales; domesticaron igualmente el agua con sistemas de riego y el tiempo con sistemas calendáricos. Las sociedades preincaicas e incaicas desarrollaron, por ejemplo, una serie de tecnologías para el manejo del agua y de los suelos mediante las cuales transformaron el paisaje. Las montañas andinas fueron convertidas de un patrimonio natural en uno cultural.

Y en cada región de nuestro territorio se encontraron respuestas diferentes a problemas similares. Por ejemplo los moches desarrollaron complejas redes de canales para irrigar los valles y ampliar la frontera agrícola, mientras que al mismo tiempo los nasca del sur superaron el problema con el más complejo sistema de canales subterráneos, verdaderas obras de ingeniería hidráulica y que implica un excelente conocimiento del comportamiento de las napas freáticas. La pregunta que queda es cuál es esa capacidad de innovación el día de hoy, y cuántas de las innovaciones prehispánicas que permitieron el desarrollo económico y social son viables en nuestros días.

Está aún por producirse una obra que resuma los logros tecnológicos desarrollados por los antiguos peruanos que permitieron transformar las limitaciones naturales en oportunidades económicas. En el altiplano del Titicaca, por ejemplo, una de las regiones más ricas a la llegada de los Españoles y más pobres de nuestro territorio el día de hoy, desde los años 70 del siglo pasado sabemos que existían sistemas de cultivo que permitían hacer productivas las altiplanicies por encima de los 3,850 msnm, *las qocha*; o de la existencia de 142,000 ha de camellones o campos elevados apropiados para producir las tierras inundables de los entornos del Titicaca, y que los estudios científicos han demostrado que permiten un rendimiento de papa en más del 40% en comparación con las laderas o la pampa. Sabemos que comenzaron a construirse y usarse allá por el siglo XIII antes de Cristo, vale decir hace más de tres mil años, y hoy la mayoría se encuentran abandonados, siendo una alternativa viable para mitigar la pobreza.

O el más dramático caso de los andenes, más de un millón de hectáreas de tierras productivas abandonadas que permite la producción en las empinadas laderas andinas, que a mérito del concepto de la no rentabilidad económica el día de hoy se siguen deteriorando, si bien significan recuperar áreas productivas y –lo que es igualmente importante– evitar la pérdida de suelos, malograr los valles, colmatar las represas.

Una quinta lección que se desprende de esta obra es que la complementariedad es una de las características más sobresaliente del proceso económico y social andino. Las lecciones que nos dejó el maestro John Murra son fundamentales para entender la importancia de la articulación de los diferentes nichos ecológicos existentes en nuestro territorio, durante las épocas tardías. Sabemos ahora que a lo largo de nuestra historia fueron diferentes los mecanismos de complementariedad que desarrollaron las sociedades, de acuerdo a sus niveles de desarrollo y a las características del territorio que ocupaban: acceso directo a zonas de producción diferenciadas, intercambio a larga distancia, control parcial del territorio a través de nichos productivos, conquista, etc.

Es que en el mundo andino la complementariedad económica es crucial, dadas las condiciones de la distribución de nuestra diversidad. No es casualidad que cuando en el registro arqueológico aparece en el callejón de Conchucos la asociación de productos provenientes de una economía costeña, de las llanuras amazónicas y del sistema económico cordillerano, aparece el gran centro de Chavín de Huantar. O cuando en la cuenca del Titicaca aparecen arqueológicamente productos de una economía mesotérmica, como el algodón y el maíz proveniente de la cuenca del Vilcanota, con productos circumlacustres como la quinua y la ganadería de camélidos, asociados con productos altoandinos como las raíces y tubérculos de altura característicos de la cuenca norte, coincide con la aparición del gran centro urbano y ceremonial de Pucará. La complementariedad de los recursos económicos de diferentes sistemas económicos son detonadores de los cambios.

Una sexta reflexión se refiere a la incidencia de los eventos climáticos en el desarrollo de los pueblos, específicamente los eventos El Niño. Idilio Santillana pone este punto en el tapete, aunque de una manera demasiado determinista desde mi punto de vista. Son muchos los autores que explican los cambios en el proceso social y económico a partir de los impactos de El Niño, corriente de aguas cálidas que desplaza las aguas frías de la Corriente de Humboldt, ocasionando cambios climáticos de consideración, sobre todo la presencia de lluvias torrenciales. Las investigaciones sobre la sociedad Moche en la costa norte, territorio donde estos eventos son más notorios, y sociedad cuyo colapso es explicado por varios autores como producto de un mega Niño, demuestra otra cosa. Los eventos Niño fueron comunes, y la sociedad supo como abordarlos y superarlos. Las evidencias son contundentes sobre la forma como los daños fueron reparados, las infraestructuras siguieron funcionando, y el poder dominante siguió en ejercicio. Algunos Niños pudieron tener impactos colaterales en los mecanismos de poder, como al final del mundo Moche, colaterales en el sentido que desde un par de cientos de años antes se venía dando un proceso de desestructuración de la sociedad en su conjunto y de pérdida de poder de la clase dominante. El Niño pudo haber sido, en todo caso, algo así como el último puntillazo, mas no la razón de fondo de los cambios políticos.

Para poner un ejemplo contemporáneo, el Niño de 1983 ocurrido durante el segundo gobierno del Arq. Belaúnde. Todos recordarán el impacto que tuvo en la economía nacional, y prácticamente fue el inicio del decaimiento de su popularidad en el gobierno, que a la larga le hizo perder la re-elección. Pero no podemos olvidar que en el frente interno se venía gestando los conflictos sociales que culminaron con la aparición de Sendero Luminoso.

Lo que ocurre es que precisamente por el desconocimiento de los procesos sociales y económicos no estamos preparados para enfrentar eventos de este tipo. La destrucción de la infraestructura del norte del Perú, que generó un forado impresionante en la economía peruana durante el gobierno de Belaúnde, no fue sólo por un Niño; fue porque no estábamos preparados para ello, no conocíamos nuestra historia como es debido y no se habían tomado las precauciones del caso. Los sistemas de monitoreo de estos eventos, documentados desde la época Chavín, no existían en absoluto; nuestras carreteras no respetaban los cauces secos y se obviaba la colocación de los drenajes necesarios; el desarrollo urbano invadía los cauces naturales, y obviamente fueron arrasados. Como me decía don Pedro Azabache, viejo mochero de la Campiña de Moche: “doctorcito, el agua nunca olvida”.

Sin duda los últimos Niños han dejado lecciones, se están tomando más medidas de precaución que antes, como las limpiezas de los cauces rutinariamente, pero para muchos las lecciones de la historia no han sido aprendidas y se siguen cometiendo errores e imprudencias en el desarrollo de nuestra infraestructura y en el ordenamiento territorial de las poblaciones. A la larga, esto tendrá un costo exorbitante.

Revisando las políticas económicas del día de hoy, sean nacionales o regionales, no es difícil constatar que varias de las lecciones de nuestra vieja historia no han sido aprehendidas. Por ejemplo, el pujante proceso de descentralización pierde mucha de su fuerza cuando se replican los vicios del centralismo, en lugar de potenciar las ventajas comparativas que se sustentan en las características históricas de las regiones, características que los estudios del período prehispánico han señalado.

Otra de las lecciones perdidas es la forma como hemos organizado políticamente nuestro territorio. No es una novedad decir que la creación de nuestros departamentos y provincias respondieron muchas veces a intereses políticos, con nombres propios para que algún personaje pudiera ocupar un sillón de diputado o senador, que a las necesidades económicas y sociales reales del territorio, y a las características de los procesos económicos particulares que debieron darles origen. Tengo la esperanza que este punto salga en alguno de los volúmenes venideros, ya que una nueva geopolítica es crucial para el futuro del Perú.

Me quedan muchas ideas dando vueltas después de leer esta obra, preguntas para los autores, pero sobre todo interrogantes que sólo podrán ser respondidas con nuevas investigaciones arqueológicas que de forma concreta y directa deben de abordarse en el futuro cercano, para un mejor conocimiento de la historia económica prehispánica. Sin embargo una última reflexión: la historia del Perú prehispánico es importante para el Perú de hoy y del futuro. En ella encontramos los cimientos de nosotros mismos, respuestas a muchos de los errores cometidos durante los períodos posteriores, explicaciones a muchos de los problemas sociales y económicos que enfrentamos el día de hoy, e incluso soluciones a nuestras limitaciones si las potenciamos con los conocimientos y tecnologías de la modernidad. Por ello no me queda más que felicitar y agradecer al Banco Central de Reserva del Perú y al Instituto de Estudios Peruanos, por esta excelente publicación. Al editor general del Compendio, Carlos Contreras, por el trabajo que se ha dado, y por el que sin duda tendrá con los cuatro volúmenes que vienen. Y a usted, señor presidente del Banco Central de Reserva, por haber impulsado esta extraordinaria iniciativa.

Lima, 9 de enero de 2009